

otro tiempo para entretenerse en la piedad; pero que como otras tantas trabas, solo servian para molestarla y retraerla de su sencillez.

Hé aquí lo que hace Dios de su parte para simplificar el alma é introducirla en la infancia de la santidad. Lo que debe ella hacer de la suya, es conservarse fielmente en el estado en que Dios la ha puesto, no dar rienda suelta á su espíritu, contener todo raciocinio, toda reflexion, todo pensamiento inquieto ó curioso, no aplicarlo á objeto alguno particular, á menos que Dios se lo presente; no leer libros espirituales para estudiarlos, sino para saborearlos; conservarse libre en el decurso del dia, ocupándose únicamente en sus deberes, no mezclándose en los negocios de otro, y no abandonándose demasiado á los suyos propios. Lo que tiene que hacer todavía es vigilar, pero dulce y tranquilamente, en los movimientos de su corazon, en sus deseos, en sus temores, en los sentimientos de gozo ó de tristeza que en él se levantan, y reprimirlos tan presto como los descubre; es no dar entrada á los objetos exteriores; no adherirse á criatura alguna por miras humanas y de una manera natural; estar alerta contra el amor propio que excita todas las pasiones, segun se le hincha ó se le ofende; que se busca á sí mismo en las cosas espirituales tanto ó mas que en las otras; que se entretiene en observarse y complacerse vanamente; que incita el alma á mirarse y aplaudirse, ó á indignarse y desolarse; á presumir de sus fuerzas, ó á desalentarse y abatirse. Todo acto del espíritu, todo movimiento del corazon que no tiene la gracia por principio, es contrario á la sencillez; todo lo que retorna el alma á sí, en vez de abismarla y perderla en Dios, es una verdadera doblez; toda obra exterior que no está ordenada segun el beneplácito de Dios, complica la situacion del alma. Las prácticas mismas de piedad, si nos sobrecargamos de ellas en exceso, si ponemos en ellas una solicitud extremada hasta hacernos esclavos suyos, son un obstáculo á la sencillez. Acordémonos sin cesar de las palabras del Salvador á Marta que se apresuraba á servirle con tan-

ta asiduidad. *Marta, Marta, tú te afanas y acongojas en muchísimas cosas; y á la verdad que una sola cosa es necesaria.* (Lúc., 10, 41.) Tu hermana María sentada tranquilamente á mis piés, no tiene mas atencion que la de escucharme: *ella ha escogido la mejor suerte*, que consiste en la sencillez y no en la multiplicidad: así es que goza en reposo de mi presencia y gusta la dulzura de mi conversacion, mientras que la diversidad de objetos y la vivacidad de tu accion te disipan y te turban.

La sencillez se comunica del interior al exterior; y entre dos personas devotas un ojo perspicaz discernirá fácilmente con el aire, con el continente, con las palabras, con el gesto, con el andar, la que es interior y sencilla, y la que no lo es. Imposible es remedar aquello que imprime Dios en el semblante, en las miradas, en las palabras y en el porte de un alma que él posee. A todo el mundo sorprende y muy pocos se remontan á la causa, que no es otra cosa sino aquella admirable sencillez que se derrama de dentro á fuera. Vuélvase interior un cristiano que no lo sea; tome Dios posesion de él en la oracion, y hágalo entrar en la infancia espiritual: su exterior cambiará, sin él pensarlo ni áun advertirlo.

CAPITULO XLI.

DE LA ABNEGACION DE JESUCRISTO.

UNA de las sentencias mas célebres de la Escritura es aquella que dice: *Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese á sí mismo, y lleve su cruz, y sígame.* (Lúc., 9, 23.)

Toda vez que no puede seguirse á Jesucristo, sino despues de haberse renunciado á sí mismo, es una prueba de que él nos dió el primer ejemplo de esta renuncia; pues nada exige él de nosotros que no haya antes practicado en el mas alto punto de perfeccion.

Mas la dificultad está en explicar en qué pudo consistir la renuncia interior de Jesucristo. Fácil es descubrir á primera vista lo que tenemos que renunciar en nosotros, en quienes todo se halla corrompido por el pecado, todo nos aparta del bien y nos conduce al mal. Nuestros sentidos, nuestra imaginacion, por poco que les demos oídos, se convierten para nosotros en escollos: nuestro propio espíritu, nuestra propia voluntad son mas peligrosas todavía; el uno nos ciega, la otra nos pervierte. El orgullo y el amor propio con que nos hallamos amasados, son el origen de todos nuestros vicios y ponen en juego todas nuestras pasiones. Es, pues, necesario, para seguir á Jesucristo, que nos renunciemos en todo lo que pertenece al cuerpo y al alma. No hay cristiano debidamente instruido en sus deberes y celoso por su salud, que no convenga generalmente en esta verdad, cuando en ella reflexiona. Si no la reduce siempre á la práctica, no tiene que imputarlo sino á su flojedad, y se verá forzado á condenarse á sí mismo delante de Dios.

Pero Jesucristo ¿en qué podia renunciarse? Su carne era pura, santa, divina; no podia sentir movimiento alguno de concupiscencia, estaba en todo sometido al espíritu, así como lo estaba el espíritu á la gracia. No concedia á la naturaleza sino los socorros indispensables; y en lo que exigian las necesidades corporales era absolutamente incapaz del menor exceso. Por lo que respecta á su alma, dirigidas inmediatamente por el Verbo todas sus facultades, conspiraban no solo al bien, sino á lo mas perfecto. Sus primeros movimientos eran esencialmente rectos; y lejos de tener que reprimirlos, como eran todos sobrenaturales, inspirados y dirigidos por la gracia, solo tenia que secundarlos y seguirlos. De otra parte, conservaba sobre ellos el mas pleno dominio; y ninguno se levantaba en él sino por su expresa voluntad, que era impecable. Todo en él estaba perfectamente ordenado, tanto por defuera como por dentro, y no se puede suponer lo contrario sin blasfemar. Jesucristo, pues, no tenia la menor necesidad de renunciarse en nada; nada hay mas evidente

Así, pues, no por necesidad, sino por puro amor, por puro espíritu de sacrificio se renunció á sí mismo. Y ¿en qué? En todo. ¿Hasta qué punto? Al mas alto punto de que fuese capaz un Hombre Dios.

Renunció él á su cuerpo, á todos los privilegios que le eran debidos en virtud de la union hipostática, sujetando su carne á las necesidades, á las flaquezas, á las miserias humanas, al dolor y á la misma muerte. Renunció al estado glorioso y á las celestes delicias propias de aquella carne adorable, desde el momento de su union, queriendo que participase de la pobreza y de sus privaciones, del trabajo y de la mortificacion, del sufrimiento y de las humillaciones. Renunció á su cuerpo, hasta sujetarlo á una muerte violenta, á tormentos tan crueles como afrentosos.

Renunció á su reposo, no habiendo probado acá en la tierra sino el trabajo, la pena, la contradiccion, las calumnias, la rabia y furor de parte de sus enemigos, y del demonio que les instigaba; viéndose ya desde la infancia el blanco de su malicia y de su ambicion; viéndose obligado á huir á una tierra extraña, y cambiar á menudo de domicilio y á ocultarse para escapar de los peligros que le amenazaban.

Renunció á su honra, habiendo consentido ser puesto en parangon con un malvado, y en verse pospuesto á él y ser juzgado menos digno de vivir; en que delante de los tribunales se les cargase de las mas odiosas acusaciones, sin decir una sola palabra en su defensa, á ser mofado, ultrajado, tratado como un insensato, un rey de teatro, un falso profeta; á ser desnudado, azotado, crucificado como un esclavo vil, é insultado en la cruz misma con el último desprecio y la mas cruel irrision.

Renunció delante de su Padre á su inocencia y á su santidad, cargándose voluntariamente todos los pecados de los hombres; teniendo á bien que su Padre los trasladase sobre él, siendo á sus ojos un objeto de horror y de maldiccion, y sometiéndose al mas terrible de los anatemas como un delincuente justamente reprobado.

Renunció á aquel testimonio íntimo y consolador que ofrece la conciencia á todo justo en medio de las mayores pruebas interiores ó exteriores; viéndose cubierto de nuestros crímenes, mirándolos como si los hubiese realmente cometido, como si le fuesen personales, acercándose á sí, y concibiendo por ellos el mas amargo dolor, sufriendo su castigo con toda la confusion interior y la humillacion de un criminal, y reconociendo sinceramente que aún merecia mas.

Renunció á lo que podia suavizar infinitamente lo amargo de su cáliz, el consuelo de saber que no lo bebia en vano para la mayor parte de los hombres. Murió conociendo con tanta certeza como claridad, que el número de los elegidos salvados por su muerte, seria incomparablemente mas reducido que el de los reprobados, que no se aprovecharian de sus gracias y hasta harian de ellas el mas horrible abuso. Murió sabiendo que esta prenda de su extremado amor hácia nosotros serviria algun dia de motivo á una turba de libertinos y de impíos para no creer en él, para insultarle, blasfemarle y mostrarle mas desprecio y odio que los mismos judíos.

Renunció á todos los consuelos que podia recibir de su Padre, á todos los testimonios de ternura que tenia derecho de esperar de él, hasta consentir en ser abandonado y exhalar en este abandono el último suspiro.

¿No es esta bastante renuncia? ¿Y las renunciaciones que él exige, no digo del comun de los cristianos sino de las almas mas purificadas, son comparables á las suyas? ¿Lo que hizo él en esta parte no le autoriza lo bastante para decirnos que si queremos seguirle nos hemos de renunciar á nosotros mismos? Quanto acabo de exponer, sin haberlo aún apurado, asombra nuestra imaginacion, nuestra razon y hasta nuestra fe. Y ¿qué seria si fuésemos capaces de concebir la grandeza de estas renunciaciones en si mismas y el exceso de amor con que las abrazó y practicó en toda su extension, sin dejar escapar ni formar en su interior el menor sentimiento de queja?

Y despues de semejante ejemplo ¿deberá parecer tan duro á los discípulos de Jesucristo el precepto de renunciarse á sí mismos? ¿Nos pide algo que no sea muy inferior á lo que él nos muestra en su persona, y que prescindiendo del amor que le debemos, no debamos concederle por nuestros intereses mas caros? Ya que nos mostramos insensibles á los motivos tomados del amor y del reconocimiento, seamos á lo menos sensibles á los que nos son personales. Nos pide que nos renunciemos cuanto sea necesario para evitar la ofensa de Dios. ¿Hay cosa mas justa? Y aún cuando no nos lo mandase ¿no deberiamos hacerlo nosotros por nuestra propia voluntad? ¿No es nuestro mayor interés el no ofender á Dios, ni exponernos al peligro de ofenderle? ¿No lo perdemos todo si perdemos su gracia? ¿Hay molestia, privacion ó mortificacion que no debamos estar prontos á imponernos? A este precio únicamente nos concede Dios la eterna felicidad, cuya posesion no promete sino á los que le hubieren amado en la tierra. Dueño es de sus beneficios; pero es tan racional esta condicion, y aún tan necesaria, que nuestra conciencia misma no puede negarse á aceptarla. Y ¿será amarlo el no querer vigilar sobre sí lo bastante, ni hacerse la violencia necesaria para no ponerse en peligro de pecar y de no incurrir en su desgracia? Sin embargo esta renuncia sola abraza mucho. Si renunciemos sinceramente al pecado, es preciso huir todas las ocasiones de pecar; es preciso combatir en nosotros mismos las ocasiones que nos inducen al pecado; es indispensable guardar nuestros sentidos, hacer la guerra á las pasiones, observar todos los movimientos del corazon, porque nada hay en nosotros que no sea corrompido y propenso al pecado. Todo esto se enlaza y se sigue recíprocamente, mas no basta renunciar al pecado mortal; la renuncia debe extenderse á todos los pecados veniales, pues ni uno debemos permitirnos con deliberado propósito. El pecado venial, ya por vía de disposicion, ya por vía de castigo, conduce al pecado mortal.

Ademas, si yo resisto voluntariamente á la gracia de Dios, si

no tomo la resolucion firme de obrar todo el bien á que me excitan, y de obrarlo tan á menudo como se ofrezca la ocasion, á pesar de toda repugnancia, y cueste lo que costare, Dios me retirará sus gracias; y mucho será si en ciertas circunstancias críticas, en ciertas tentaciones urgentes, no caigo en alguna falta grave. Mas ¿á qué renuncia, á qué continua mortificacion en todas las cosas no me conducirá la gracia, si quiero ser atento y fiel á sus inspiraciones?

Y ¿cómo seré habitualmente afecto á la gracia, sin el retiro, el recogimiento, el silencio, la práctica de la presencia de Dios, el frecuente uso de la súplica y hasta de la oracion? La voz de Dios no se deja oír sino al corazon que se mantiene en un continuo dominio sobre sí mismo, que evita la disipacion, la curiosidad, el agobiarse, la excesiva actividad; que se precave contra los fantasmas de la imaginacion, contra un tropel de pensamientos y de deseos, por lo menos inútiles, que le asaltan sin cesar. ¿Qué manantial tan inagotable de nuevas abnegaciones! Y ¿cómo seré fiel á la gracia, si queda un solo punto en que no esté resuelto á renunciarme? La gracia persistirá en pedirme cuenta sobre éste punto; y si obstinadamente se lo rehuso, ¿puede responder del resultado?

El peso de la naturaleza me arrastra hácia las cosas de la tierra: ellas se presentan sin cesar á mi vista, véome en la necesidad de ocuparme en ellas, y las necesidades me obligan á valerme de las mismas. Vivo en medio de gentes que las estiman, que las buscan, que no se creen felices sino poseyéndolas, que no piensan sino en ello, que no hablan sino de ello, y que desprecian, que huyen, que rechazan á los que no tienen los mismos sentimientos. ¿Puedo yo luchar como debo, contra la poderosa tendencia de la naturaleza? ¿Puedo elevarme sobre todos los respetos de la tierra por medio de miras sobrenaturales? ¿Puedo ocuparme en dichos objetos sin pegar á ellos mi corazon, mirar las necesidades del cuerpo como un tributo indispensable al cual Dios me ha sujetado, gimiendo al paso mismo que las satisfago?

¿Puedo estar prevenido contra el respeto humano, contra los discursos y los ejemplos que me rodean, contra las murmuraciones, los desprecios, la aversion de los mundanos, sin practicar la abnegacion en un grado eminente, del que no puedo de otra parte dispensarme, si quiero asegurar enteramente mi salud? Hé aquí á lo que estoy obligado por la sola razon de mi propio interes: con esta sola mira se han poblado los desiertos; y ella es la que ha movido á tantos cristianos de uno y otro sexo á hacer un divorcio absoluto con el mundo.

¿Qué me harán, pues, el amor de Dios y el deseo de caminar por la senda de Jesucristo sobre un alma movida por tan poderosos motivos, sobre un alma que se olvida á sí misma para no pensar sino en los intereses de Dios, sobre un alma dispuesta á inmolarse al beneplácito de Dios y que no conoce otra dicha que el cumplimiento de su voluntad divina? ¿Hay género alguno de abnegacion, de sacrificio, de prueba á que pueda dene-garse un corazon ebrio de amor divino, un corazon que va á beber su valor, su generosidad, su perfecto desinteres en el corazon adorable de Jesus? Almas interiores, almas á quienes Jesus escogió para esposas suyas, ¡ah, cuánta dulzura y atractivo tiene para vosotras esta palabra que llena de espanto á los demas: *El que quiera venir en pos de mí, renúnciese á sí mismo, y lleve su cruz y sígame!* ¿Qué es lo que no estareis prontas á sacrificar para poseer á Jesus! Atraídas por el olor de sus perfumes, os abrasareis en deseos de caminar por la senda que os ha trazado, y de seguirle por los vestigios de su sangre. ¿Mereciérais acaso sus mas tiernas caricias, sus mas íntimos favores, si no estuviérais en estas disposiciones? ¿No os tuviérais por indignas del título de esposas, único objeto de vuestra ambicion?

Sí, Salvador mio, sé que renunciarme á mí es lo mismo que darme á vos; y que no puedo vivir de vuestra vida, sino en cuanto muera á mí mismo. Arranque, pues, vuestra gracia en este momento de mi corazon un acto de renuncia tal como lo deseáis de mí, y el mas perfecto de que sea yo capaz; ayúdeme

despues á ponerle en práctica en todo el decurso de mi vida, para que por una muerte entera á la naturaleza, me conduzca en vuestros brazos, para no separarme mas de vos.

CAPITULO XLII.

MODO CON QUE JESUCRISTO TRATÓ LOS INTERESES DE SU PADRE.

VAMOS á ver un perfecto modelo de renuncia á sí mismo en la manera con que trató Jesus los negocios de su Padre. Vino á la tierra para la obra mas grande que podia atraer un Dios á este mundo, para procurar á su Padre una gloria digna de él, para manifestar su nombre á los hombres, para destruir el imperio del demonio que se hacia adorar bajo el nombre de falsas divinidades, para obrar la salud del género humano. Devorado por el amor hácia su Padre y por el celo para con sus intereses, veia con el mas profundo dolor entronizado el imperio del demonio, y ardia en deseos de destruirlo; lamentábase de la malicia, de la ceguera y de la perdicion de los hombres, y no aspiraba sino á santificarlos, á ilustrarlos, á salvarlos. En sus manos estaban todos los medios para salir bien de esta grande empresa; y de cualquier modo que hubiese querido llevarla á cabo, reuniendo él, como reunia, la sabiduría al poder, no era posible que hubiese faltado. Pero su Padre lo habia ya ordenado todo y le habia señalado la ruta que debia seguirse. Trazado estaba el plan de la ejecucion, y él lo ejecuta con la mayor fidelidad, sin omitir nada, sin cambiar nada, con el mayor desinterés; no atendiendo á sí mismo, y poniéndose absolutamente pasivo, con un perfecto sacrificio de su espíritu y de su voluntad; no permitiéndose á sí mismo reflexion ni racionio y violentando, por obedecer, todas las repugnancias naturales.

En cuanto al modo con que debia glorificar á su Padre, estaba

decretado que seria por la vía de los oprobios y de las humillaciones. Este medio parecia contrario al fin propuesto, el oprobio del Hijo debia al parecer redundar sobre el Padre; y á consultar la razon, no podia opinarse de otro modo. Mas Jesucristo no escucha la razon: sabe que la sabiduría de su Padre es infinita; que es incomprendible en sus designios; que no toca á una razon criada pronunciar sobre los designios del Eterno, ni mezclarse en sus consejos. Se somete, pues, á este medio, lo aprueba, lo abraza con la mas perfecta confianza de que redundará en gloria de Dios, sea lo que fuera para la suya, que no le da cuidado alguno.

Resuelto estaba que aterraria al demonio dejándose vencer por él; que este adversario de Dios, el cual, en expresion de san Pablo, tenia el imperio de la muerte, y lo ejercia inexorable sobre todos los hombres, lo ejerceria tambien sobre él; y que su pretendido triunfo seria el principio de su destruccion. ¡Cuánta repugnancia no debia tener Jesus á sucumbir bajo los golpes de aquel que venia á desarmar! ¡Y cómo podia creer salir victorioso por su propia derrota! Lo creyó no obstante sin vacilar, seguro de la infalibilidad de las medidas tomadas por su Padre. ¡Cuánto debió costarle el consentir en sujetarse al yugo de la muerte, de que estaba exento! Y consintió en ello, dejando á su Padre el cuidado de remediar los resultados de este golpe en apariencia irreparable.

Estaba decretado que salvaria á los hombres por medio del mayor crimen de que estos pudiesen ser capaces, y que su sangre, derramada por manos de aquellos, seria el origen de su salvacion. ¡Qué contradiccion mas monstruosa para el mas ilustrado sentido humano! Jesucristo devora esta contradiccion; sabe que su Padre puede conciliarlo todo, y que lo conciliará realmente: se hace ciego por obediencia, y no duda del efecto de una causa que naturalmente debe producir un efecto contrario.

En cuanto al tiempo decretado para libertar al universo de la esclavitud del demonio, el Padre espera que este se halle en el